

*La ganadería como observatorio de los cambios rurales**

Durante lo que se ha venido en llamar la Edad Moderna la ganadería ha presentado una doble condición: por un lado, constituía un complemento necesario de la agricultura, a la que en cierto modo se encontraba subordinada; por otro, era una importante fuente de rentas obtenidas, desde la Edad Media, a través del mercado. Su vinculación con la agricultura (con la que competía por los espacios destinados a su alimentación) constriñó a veces su crecimiento y, cuando se produjo, sólo pudo hacerlo garantizando al mismo tiempo el aumento de la producción de alimentos humanos. Su relación con el mercado la dotó de un fuerte dinamismo, convirtiéndola frecuentemente en el motor de los cambios experimentados en los espacios rurales de la época. Por eso, la ganadería (como bien señala Jean-Marc Moriceau en este libro) tiene una importancia estratégica para el estudio de las sociedades y los espacios rurales de esos siglos que van desde el final de la Edad Media hasta la Revolución.

El libro constituye una versión revisada y considerablemente ampliada de un primer trabajo publicado en 1999 (*L'Élevage sous l'Ancien Régime. Les fondements agraires de la France Moderne (XVI^e - XVIII^e siècle)*). El nuevo título hace explícito su interés no sólo por los aspectos propios de la historia económica y social observados a través de la ganadería, sino también por la organización de los espacios rurales y por la evolución de los paisajes. La historia y geografía de la ganadería francesa quiere ser pues una historia total del medio rural francés. La restricción cronológica al período moderno es relativa y frecuentemente éste es desbordado por los extremos por las propias exigencias del análisis. Participa de esa perspectiva que los franceses vienen llamando la «*longue durée*», que sin mantener un enfoque estrictamente diacrónico, trata de descubrir las diferencias en las formas y los factores y agentes que intervienen en los cambios producidos a lo largo de un tiempo amplio. En este caso, el ámbito cronológico corresponde a la etapa histórica en la que se construyeron lo que muchos geógrafos denominaron las características de la «organización tradicional del espacio rural», aquellas que la incursión del capitalismo ha ido destru-

yendo. Un período al que también muchos historiadores han presupuesto una marcada estabilidad rural, que Moriceau se encarga de poner en cuestión.

El libro se divide en cuatro partes desiguales en extensión. En la primera se centra principalmente en la componente social de la ganadería, que como fuente de riqueza constituye en sí un fuerte marcador social. De todas formas (y marcadas las diferencias) la ganadería venía a ser una negocio para todos, a lo cual contribuían los contratos de aparcería, que proporcionaban suculentas rentas a los propietarios (más importantes que ninguna otra fuente de rentas), a la vez que permitían a los aparceros disponer de ganado y remunerar su trabajo. Un negocio, en todo caso, sometido a numerosos avatares que, en ocasiones, podían dar al traste con la ganancia: ataques de fieras, azotes meteorológicos o fuertes epizootias (la veterinaria no comenzó a avanzar hasta finales del siglo XVIII), redujeron con frecuencia los efectivos ganaderos.

En la segunda parte se ocupa de las características del ganado, que, en términos generales, era de calidad mediocre como no podía ser de otro modo, dadas la escasa alimentación, las condiciones sanitarias de estabulación, la falta de selección (que sólo se practicaba en el ámbito local) y la escasa especialización. Animales pequeños y ruines que, sin embargo, los campesinos preferían por su rusticidad y adaptación a condiciones a menudo adversas. Al margen de los grandes caballos de guerra, los caballos de trabajo eran pequeños, poco adecuados a tal función y caros, hasta el punto de que para la labor se preferían las mulas y para la carga los asnos. El ganado más importante era el vacuno, cuyo tamaño y peso era variable según razas y regiones. Desde temprano apareció también una división geográfica del bovino de labor, entre las áreas reproductoras especializadas en la cría, las de trabajo en las que los animales pasaban buena parte de su vida y las de carnicería, próximas a las ciudades y en las que los animales acababan su vida. La red de ferias garantizaba el paso del ganado de unas áreas a las otras en las diferentes etapas de su ciclo vital. Con el crecimiento demográfico se iniciaron cruces de razas para intentar incrementar el tamaño de los bueyes. Dentro del ganado menor el más importante era el ovino de orientación mixta (leche, carne y lana) y cuyas razas indígenas ofrecían pocos rendimientos y escasa calidad. Los intentos de adaptar razas inglesas o españolas (merinas) de especialización lanar dieron escasos y, sobre todo, tardíos resultados (una cierta merinización se produjo en el siglo XIX), pero, en todo caso, el interés por el ganado ovino se fue cada vez orientando más a la

* Jean-Marc MORICEAU: *Histoire et géographie de l'élevage français du Moyen Âge à la Révolution*. Paris: Fayard, 2005, 477 págs.

producción de estiércol. El ganado caprino era, sin duda, el ganado de los pobres, pero su competencia con el arbolado estableció en seguida (desde el siglo XV) reglamentos restrictivos para su explotación. Por su parte el porcino tuvo una fuerte expansión desde la Edad Media al siglo XVII, pero su vinculación a la grana de los bosques lo hizo decaer a partir de 1650, aunque de forma desigual: se mantuvo mejor en aquellas áreas en que abundaba el salvado, el suero (lecheras), el maíz y las patatas, y también en aquellas áreas próximas a mercados urbanos y puertos. Otras ganaderías, mucho menos marginales de lo que podría creerse, eran la formadas por los animales de corral, de los que los más extendidos (campesinos) eran los pollos, gallos y gallinas, pero los de mayor valor económico eran las ocas y pavos (nobleza o grandes granjeros), el pescado de agua dulce (percas, carpas, lucios, anguilas), criados en estanques próximos a ciudades que se desecaban cada 10 o 12 años y en cuyo fondo se plantaba avena, y las abejas y gusanos de seda. El sector lechero, vinculado sobre todo a la producción quesera y principalmente de queso de vaca, tuvo gran importancia en la economía campesina. La dispersión ganadera consecuencia de la distribución de las explotaciones impuso desde la Edad Media la formación de cooperativas, que no contribuyeron, sin embargo, a mejorar la calidad. La imitación de los quesos holandeses y suizos fueron poco a poco mejorándola, pero no lo consiguieron hasta finales del siglo XVIII.

La tercera parte, quizás la más geográfica, se refiere a la alimentación del ganado y a los espacios forrajeros y de pastoreo. El equilibrio entre cultivos destinados a la alimentación humana y cultivos forrajeros se saldaba frecuentemente con una insuficiencia forrajera, acentuada por la progresiva confiscación por parte de los grandes propietarios de las áreas productoras de forrajes naturales. Los bosques, por ejemplo, que además de la producción forestal proporcionaban importantes recursos para el mantenimiento del ganado (grana, hojas, ramas), cuando no se privatizaron vieron restringido su uso ganadero (edicto de Aguas y Bosques de 1669), aunque las numerosas infracciones detectadas demuestran que su aprovechamiento continuó. En todo caso, el recorte de los recursos forrajeros y el aumento de la población introdujeron necesariamente ajustes que pasaron, en primer lugar, por una discriminación ganadera que mientras priorizaba el ganado mayor (principalmente de labor), discriminaba al ovino y marginaba al caprino y porcino. Por otro lado se iniciaron distintos caminos hacia la intensificación de la producción que para el siglo XVIII habían ya dado lugar a una importante

transformación paisajística. Tal intensificación sólo fue posible incrementando al mismo tiempo la producción agrícola destinada al hombre, lo cual se produjo gracias a la reducción del barbecho y al aumento de los rendimientos que la mayor disponibilidad de abono (proporcionado por un ganado más abundante) permitía. La propia agricultura procuró contribuir mejor a la alimentación del ganado, introduciendo prácticas más eficaces, como la siega de la paja de los cereales cada vez más corta para darla al ganado en seco (lo que resultaba más ventajoso que el aprovechamiento a diente del rastrojo) que llevó incluso a preferir ciertas variedades de trigo en función de la calidad de la paja, o la introducción de leguminosas (que además de su acción nitrogenante se utilizaban como forraje) y raíces forrajeras (nabos, rábanos, patatas) y, desde luego, la extensión de las praderas artificiales (esparceta, alfalfa, trébol). Fueron cambios que se introdujeron poco a poco, aunque con más rapidez en las áreas próximas a las ciudades, y se acompañaron de una gestión cada vez más eficaz, pero también más restringida, del aprovechamiento común de las hierbas y rastrojos. Tuvieron desigual aceptación: entraron frecuentemente en conflicto con los campesinos que veían disminuir los rastrojos aprovechados durante las derrotas, mientras la nobleza y la burguesía los aceptaban y propiciaban. Por otro lado, el aumento de los efectivos de ganado no podía ser atendido solamente por estos cambios introducidos en el terrazgo agrícola. Durante el invierno se producía un sobrepastoreo de los espacios comunes próximos que muchas normativas locales (ordenanzas) y señoriales trataron de regular (limitando, por ejemplo, la entrada en los pastos estivales de una cantidad de ganado superior a la que se pudiese mantener en invierno en los pastos invernales y derrotas) sin demasiado éxito, lo que propició el avance del individualismo (pastoreo separado frente al pastoreo común y arrendamiento particular de herbajes, cerramientos y cultivos forrajeros).

Uno de los capítulos más interesantes de esta tercera parte es el que dedica a los movimientos del ganado, dentro de los cuales diferencia la trashumancia propiamente dicha, que vendría definida por los desplazamientos del ganado entre regiones netamente diferenciadas en recursos de pastos según estaciones, y los movimientos intrarregionales de proximidad, que generalmente corresponden a los que se producen durante primavera y verano a los pastos de altura (*estivage*). Se detiene a considerar la especificidad de la trashumancia de invierno, que correspondía fundamentalmente al ganado ovino y que, según algunas fuentes medievales, parece an-

terior a la de *estivage*, a la que, por otra parte, algunos geógrafos han denominado trashumancia inversa. Presenta multitud de casos que ejemplifican la gran variedad de formas y de figuras contractuales de utilización de pastos compartidos (sin olvidar entre ellas las generadas por las migraciones transfronterizas sobre los Pirineos entre Francia y España) o entre cultivo y ganadería (como las «noches de abonado» que obligaban a los rebaños de ovejas a detenerse en su recorrido y permanecer algunas noches abonando los campos de los pueblos que se encontraban en su itinerario). También son objeto de atención los enfrentamientos por los pastos, verdaderas guerras entre señores, entre señores y usuarios, entre usuarios y agricultores o entre usuarios mismos.

La cuarta parte está formada por un único capítulo que funciona en realidad como la conclusión, en la que

trata de rehabilitar la importancia de la ganadería en la Historia, que sobrepasa en mucho el papel de simple anexo de la agricultura que se le suele otorgar; porque desde la Edad Media al siglo XIX ha sido la actividad más lucrativa de las economías regionales, ha mantenido una intensa movilidad estructural con frecuentes reorientaciones y ha constituido un instrumento privilegiado de inserción del campesino en los cambios. Termina señalando una serie de campos abiertos a la investigación y reivindicando la ganadería como observatorio de los cambios rurales.

En definitiva, un magnífico trabajo de síntesis que sin duda tiene una gran utilidad para los investigadores ruralistas preocupados por la organización social y espacial de estos espacios y su evolución histórica.— MANUEL CORBERA MILLÁN